

Hugo de Sacy no habia podido apercibirse de que quien le habia sacado de su casa por comunicaciones secretas, quien le habia entregado á Roger Malifieri, habia sido Paolo.

Este se habia encubierto de una manera perfecta.

Aquella habia sido una prision secreta.

Pero sus consecuencias habian quedado tambien secretas para Paolo.

Los inquisidores de Estado tenian á su disposicion los sombríos calabozos de la República, y en aquellos calabozos carceleros mudos como piedras: un inquisidor de Estado podia por si solo sentenciar y hacer ejecutar una sentencia en secreto sin dar cuenta á nadie.

La prision decretada por un inquisidor quedaba envuelta en el misterio, aun cuando este inquisidor cumpliese el tiempo de su encargo y fuese relevado.

Otro inquisidor mantenía la prision, si es que el preso no habia sido ejecutado durante el dominio del que le habia preso.

En aquel caso, era un hombre que habia desaparecido sin que supiesen lo que habia sido de él, más que el inquisidor que le habia sentenciado y el esbirro de los calabozos de Estado que habia ejecutado la sentencia, y habia hecho desaparecer el cadáver por alguno de los mil medios que tenia á su disposicion el Tribunal de los Tres.

A veces estas ejecuciones llevaban la desaparicion consigo de una manera horrible, porque se emparedaba al sentenciado; es decir, se le metia en un hue-

co que se cerraba con una pared fuerte, que él no podía romper, y allí moría generalmente de hambre y de asfixia.

Cuando Austria se apoderó de Venecia y destruyó el organismo de la vieja República, se encontraron en los calabozos de Estado cosas horribles; osamentas emparedadas, huecos reducidísimos donde se encontraban esqueletos replegados, pozos llenos de despojos humanos.

Los cuerpos que habían animado aquellos despojos, habían desaparecido de una manera misteriosa.

La justicia de la República de Venecia no era pública sino para los delitos comunes, para los ladrones, para los asesinos, para los homicidas vulgares.

Los que se hacían reos de Estado perecían secretamente.

De aquí nacía el terror que sostenía á la República, y que durante tantos años la había mantenido inviolable.

Ignorábase, pues, lo que había sido de Hugo de Sacy.

Paolo no había podido averiguar nada.

Su sagacidad se había visto contenida por el misterio y por la prudencia.

Una sola palabra le hubiera comprometido, le hubiera imposibilitado, hubiera dejado á Luisa Isabel sola en el mundo, sin una persona que pudiese defenderla en un caso extremo.

El amor de Paolo por Luisa Isabel era heroico, abnegado.

Sabia que no podía ser amado; sabia que el único, exclusivo amor de Luisa Isabel, era su marido.

Y sin embargo, se sacrificaba por ella.

Este drama pasaba en medio del más profundo misterio.

Sólo le conocían tres personas: Roger Malifieri, Luisa Isabel y Paolo.

Por más que Roger Malifieri frecuentase con una grande asiduidad el trato de Luisa Isabel y permaneciese junto á ella largas horas, nadie más que Paolo conocía las idas del senador al palacio Rocaberti.

Malifieri entraba en él por las comunicaciones secretas, y salía de la misma manera.

Los esbirros que le acompañaban tripulando una góndola hasta uno de los edificios de Estado, donde se encontraba alguna de las múltiples entradas de los pasadizos secretos, no sabían, no podían saber á qué punto determinado se dirigía el senador.

Pero éste estaba vigilado siempre, durante sus entrevistas con Luisa Isabel, por Paolo, dispuesto siempre á arrojarle puñal en mano sobre el senador, en el caso de que éste, desesperado, loco, se entregara á una violencia cualquiera.

Paolo engañaba á Malifieri.

Este le creía completamente de su parte.

El estado de maternidad de Luisa Isabel avanzaba, á la par que llegaba al delirio, al frenesí, á la rabia, así pudiera decirse, la pasión de Malifieri por Luisa Isabel.



Al fin Luisa dió á luz una niña.

Aquella niña se bautizó solemnemente, siendo su padrino el Dux, en nombre de la República, en la basílica de San Márcos.

Aquella niña era nuestra Margarita.

Pasaron algunos meses.

La mágia de Luisa Isabel habia logrado contener á Roger Malifieri.

Este no se atrevia á usar en manera alguna de la violencia.

La idea de servirse de un narcótico para hacer suya á Luisa Isabel, habia llegado á ser en él una idea fija; pero la habia rechazado siempre.

Temia los resultados de la indignacion de Luisa Isabel.

Esta parecia partir su alma entre el amor inmenso que sentia por su hija y aquel otro amor aparente con que engañaba á Malifieri y le envenenaba.

Malifieri se creia adorado, pero con una adoracion contenida por la dignidad, por una dignidad invencible.

—Yo no puedo,—decia Luisa Isabel,—pertenecer á otro que á mi marido; á más de esto, que es ya bastante por sí mismo, me contendria la idea de ser adúltera. Yo no sé si el príncipe de Otranto ha muerto ó vive.

Cuando Luisa Isabel decia estas palabras, el semblante de Roger Malifieri, á pesar de lo acostumbrado que estaba á dominar las emociones de su alma, se descomponia de una manera singular.

Luisa Isabel leía en aquella descomposicion, en aquella vaguedad de la mirada del senador, que Hugo de Sacy vivía, que Malifieri estaba apoderado de él y que no se atrevía á revelarlo.

Pero llegó al fin á tal punto la locura de Roger Malifieri, se mostraba de tal manera irritada por no ser libre Luisa, y con una ficcion tan perfecta aparecía tan enamorada y tan impaciente por lograr sus amores, aquellos, por su parte, tan falaces amores con Roger Malifieri, que éste se engañó.

Creyó que podía atreverse á todo, y se atrevió.

Un dia se presentó completamente de luto á Luisa Isabel.

—¿Qué es esto?—le preguntó ella.

—Una desgracia que deploro,—la contestó Malifieri,—por más que esta desgracia pueda ser la causa de nuestra felicidad.

—¿Cómo?—exclamó palideciendo Luisa Isabel, que se aterroró, porque veía ya en el terreno del crimen á Malifieri.—¿Sois viudo?

—Sí, Luisa de mi alma,—exclamó Malifieri, que como hemos dicho, se creía adorado.—Esta mañana sus doncellas han encontrado muerta en su lecho á Elena, y los médicos han declarado que ha sucumbido á una congestion cerebral. Somos, pues, libres, y podemos unirnos inmediatamente de una manera secreta.

—¡Oh, qué imprudencia!—exclamó Luisa Isabel.—Cuando nuestro casamiento se publicase dentro de un año, cuando se supiese la fecha en que le ha-



bíamos llevado á cabo, todo el mundo sospecharia que vos habíais matado, por casaros conmigo, no solamente vuestra mujer, sino tambien mi marido.

Luisa Isabel habia estado admirable.

Habia pronunciado aquellas terribles palabras con la voz segura y casi de una manera indiferente.

Por su parte, Malifieri habia sonreido de una manera sesgada, horrible.

Luisa Isabel llevó su heroismo hasta un limite infinito.

Vió claro en la siniestra sonrisa de Roger Malifieri que Hugo de Sacy habia sucumbido tambien, y recientemente sin duda.

No la quedaba ya esperanzas; no la quedaba más que vengarse de una manera terrible.

Sin embargo, necesitaba la certidumbre completa.

—Yo deploro como vos,—dijo,—la desgracia de esa señora, porque yo no quisiera deber mi felicidad á la desventura de nadie; en fin, es necesario resignarse á lo que la ciega fortuna determine respecto á nosotros. Vos sois libre; ¿pero lo soy yo tambien?

—Sí,—contestó, repitiendo su siniestra sonrisa, Roger Malifieri.

—¡Libre, viuda!—exclamó Luisa Isabel dando un grito, que tanto podia tomarse por la expresion de un dolor agudo de una desesperacion suprema, que no habia podido contenerse, como por la manifestacion de una alegría terrible, espantosa, por encontrarse por fin libre y poder unirse á un hombre adorado.



—Sí,—repitió Roger Maliferi con la voz opaca y sombría.—El príncipe de Otranto se hizo reo de alta traición contra la República; fué secretamente preso; se le ha juzgado lentamente y apurando las pruebas en consideración á su rango y á sus buenos servicios, y el Tribunal de los Tres Inquisidores de Estado, al que pertenezco ahora, no ha podido, por más que yo he procurado, apartar de su cabeza una sentencia suprema. El príncipe de Otranto ha sido ejecutado ayer de una manera piadosa, puesto que se le ha ejecutado por medio del veneno, de un veneno dulce que no le ha hecho sufrir. Al contemplar su cadáver, parece que se ve á un hombre que duerme.

Luisa llegó hasta lo increíble de la fuerza de voluntad.

Oyó, sin alterarse, aunque de una manera sombría, aquella terrible revelación.

—Y bien,—dijo;—no basta que ese desventurado haya muerto, si su muerte permanece entre el misterio. Yo no seré considerada como viuda, sino como una casada cuyo marido ha desaparecido. Respecto á los que desaparecen, mientras los envuelve el misterio, no se sabe si son muertos ó vivos.

—Mañana,—contestó el senador,—sabrás toda Venecia que el príncipe de Otranto ha muerto.

—Es decir,—exclamó Luisa Isabel,—¿que se publicará la sentencia, que caerá sobre mi hija y sobre mí la infamia de que su padre, mi marido, haya sido ejecutado por traidor? ¿Y á esto irá unida la confiscación, porque si la Inquisición de Estado ha podido







MOTIN DE ESQUILACHE. — ¡Venganza, Paolo! venganza  
y soy tuya.



ser piadosa con nosotras no decretando la confiscacion de los bienes del príncipe de Otranto, á causa del secreto de su ejecucion, una vez publicada esa ejecucion no podrá faltarse á las leyes que determinan que los bienes de los reos de alta traicion al Estado serán confiscados?

—Nada de esto sucederá,—dijo Roger Malifieri;—ni la infamia ni la confiscacion de bienes caerán sobre vos, ni sobre vuestra hija. Dejadme, dejadme que vaya á preparar lo que es conveniente para que vos aparezcáis viuda.

Y Roger Malifieri salió.

—¡Venganza, Paolo!—exclamó Luisa Isabel, arrojándose al esbirro, que apenas habia salido de la cámara Roger Malifieri, habia entrado en ella por una puerta secreta.—¡Venganza y soy tuya! ese miserable ha asesinado á mi Hugo, á mi alma: ha asesinado á su esposa. ¿Y qué me importa su esposa? El, él, mi Hugo: véngame, Paolo, y yo seré tuya: véngame, y yo te amaré, si el dolor no me mata.

—Mia no,—exclamó Paolo:—venganza, sí; venganza terrible: suceda lo que quiera, qué importa: luego, señora, la muerte, el alma, todo.

—¡Oh, Paolo, Paolo, yo estoy desesperada, yo estoy loca!

Y Luisa Isabel, que estrechaba entre sus brazos al esbirro, que le abarcaba en una mirada infinita, inmensa, terrible, se contrajo.

Su corazon rebosaba lágrimas y sus ojos se negaban á dar salida á aquellas lágrimas.

Se desplomó entre los brazos de Paolo.

Se desmayó.

Quedó como muerta.

Paolo la sostuvo, la alzó, la llevó al lecho y la puso en él.

—¡Mia, mia!—exclamó Paolo, cuyo semblante estaba trasfigurado por la pasión;—mia no, no; yo no quiero su hermosura sola; quiero su alma, su sér entero, y su sér entero es de otro. ¡Ah! no, mia no; pero su dolor es mi dolor, su desesperacion mi desesperacion. Malifieri se ha atrevido á todo. Y bien, Malifieri morirá; morirá sin que nada pueda defenderle. ¿Qué me importa á mí ser hecho pedazos por los inquisidores de Estado? Morirá, sí: mi amor puede más que mi terror.

Y Paolo salió.

Llamó á las doncellas de Luisa Isabel, y estas acudieron.

La desajustaron.

La hicieron volver en sí.

Aquello pasó en una congoja.

Por un accidente casual.

Nadie veía entrar ni salir al senador Malifieri.

Nadie más que Paolo, y Paolo callaba.

Afortunada ó desgraciadamente, no sabemos cuál de los dos, Roger Malifieri confiaba de tal manera en el sagaz, en el astuto Paolo, que él era el sólo esbirro que vigilaba el palacio de Rocaberti.

Esta vigilancia no se ejercía por el Estado, que la ignoraba.



Era un abuso de poder del inquisidor Malifieri.

Si el tribunal de los Tres ó el de los Diez hubieran concebido sospechas acerca de la desaparicion de Hugo de Sacy, que por circunstancias especiales era un misterio para el Estado como para todos, el palacio Rocaberti hubiera sido vigilado por esbirros invisibles, de los cuales no hubiera tenido noticia el mismo Malifieri.

El Estado entonces hubiera tomado parte en aquello.

Malifieri hubiera sido juzgado por el Consejo de los Tres, y tal vez Hugo de Sacy se hubiera salvado.

Tal vez hubieran perecido juntos los tres personajes de aquella tragedia.

Es decir, Hugo de Sacy, Luisa Isabel y Malifieri.

Por esto hemos dicho que no sabemos si afortunada ó desgraciadamente Paolo era el único esbirro que vigilaba el palacio Rocaberti.

Paolo no podia hablar.

De una parte le contenia el mandato de Luisa Isabel.

Por otra, la conciencia de una delacion suya contra el inquisidor Malifieri, podria envolver á Luisa Isabel.

Hé aquí lo terrible del organismo inquisitorial del Estado de Venecia.

Todos y cada uno de sus miembros estaban sujetos en un estrechísimo círculo de accion.

Así se explica la larga duracion de la República de Venecia á través de la Edad Media, llegando has-

ta el siglo XVIII, y habiendo alcanzado la importancia de uno de los Estados más considerables y más temibles de Europa.

Al día siguiente por la mañana, un oficial público del Consejo de los Diez, cubierto con su toga roja y acompañado de cuatro esbirros, se presentó en nombre del Estado á Luisa Isabel De Armagnac, princesa de Otranto.

Esta le recibió de pié en el salon de honor del palacio, honrando de esta manera y respetando á la señoría de Venecia, á quien aquel oficial representaba.

Este saludó respetuosamente á Luisa Isabel.

La dijo presentándola un pliego sellado con el gran sello de la República.

—Señora, tengo el honor de poner en manos de vuecencia este pliego de órden del muy magnifico y serenísimo Dux de Venecia, y en su nombre y por su mandato os saludo.

—Yo recibo,—dijo Luisa Isabel,—con agradecimiento y respeto este pliego del magnífico Dux y el saludo que con él me envia.

Y Luisa Isabel abrió el pliego, que contenia lo siguiente:

«Nos el Dux y los miembros del Consejo de los Diez de la señoría de Venecia, á la muy noble y muy excelente señora princesa de Otranto, salud.

»Sabad, señora, que anoche fuimos avisados de que en la Piazzeta se habia encontrado el cadáver del excelente señor príncipe de Otranto, que fué nuestro compañero, perdido de una manera misteriosa hace

cuatro meses, sin que todos los medios de que dispone el Estado, aunque poderosos, bastasen para descubrir su paradero.

»Inmediatamente, nos el Dux y los senadores del Consejo de los Diez nos reunimos, hicimos conducir ante nosotros el cadáver del excelente señor príncipe de Otranto; mandamos se le reconociese, y por el dictámen de los médicos tuvimos conocimiento de que habia sido muerto por medio del arsénico, y de que la muerte remontaba á cuarenta y ocho horas antes. Constituyéndonos de nuevo en Consejo secreto, llenos de quebranto por la pérdida de nuestro compañero y por el justísimo dolor que suponíamos en vucencia al tener noticia de esta desgracia, permanecemos largo tiempo deliberando sobre la manera de anunciároslo.

»Despues de una madura deliberacion, hemos convenido al fin, señora, en noticiaros lisa y francamente esta desgracia, porque la ansiedad que nace de la preparacion al dolor es mucho más terrible que el tremendo golpe recibido de improviso.

»Crea vucencia, señora, en el sincero pesar que nos causa el vernos obligados á daros la noticia de tan funesto acontecimiento.

»Tened por seguro que no reposaremos hasta que, descubiertos el autor ó autores de este crimen, reciban el justo, el terrible castigo á que se han hecho acreedores.»

Seguian las firmas y el gran sello del Consejo de los Diez.



Luisa Isabel, que estaba ya bastante preparada, más aún, que habia dominado el dolor, contestó al oficial del Consejo de los Diez:

—Hacedme la merced de decir al muy magnífico y serenísimo Dux, á sus excelencias los miembros del Consejo de los Diez, que yo les agradezco con toda mi alma el interés que mi desventura les inspira; que no contesto por escrito en el momento á la benévola y cariñosa carta que me han hecho el honor de escribirme, porque lo rudo del golpe apenas me deja facultades para sentirle. Decid, decid más bien que yo quiero ir á verlos, que yo quiero ir á hablarles, que yo quiero mostrarles mi agradecimiento de palabra, que quiero además ir á entregarme yo misma del cadáver de mi marido, porque creo que su cadáver se me entregará para que yo pueda rendirle los últimos honores.

—Esto estaba previsto, señora,—dijo el oficial,—el Dux y los demás miembros del Consejo de los Diez, suponiendo el deseo natural de vucencia, me mandaron viniese en una góndola digna de conducir á vucencia al palacio de la señoría y ante el Consejo de los Diez. Así, pues, señora, estoy á las órdenes de vucencia.

—Marchemos,—dijo Luisa Isabel.

Y sin tomarse tiempo para tocarse, tal como estaba, siguió al oficial de Estado.

Delante de la escalinata que servia de embarcadero al palacio Rocaberti, habia una góndola roja y dorada con litera de púrpura.

Los tripulantes llevaban la divisa de la república.

Era aquella, en fin, una góndola del Dux.

Luisa Isabel entró en ella, y el oficial la condujo al interior de la litera.

Inmediatamente la góndola bogó.

Ganó el canal Orfano.

Luego se metió por aquel canal estrecho que se continuaba bajo un sombrío arco, y que se veía desde el ajimez del tocador de Luisa Isabel.

Por allí había visto ella desaparecer á Hugo de Sacy para no volverle á ver sino pasados cuatro meses y muerto.

La góndola se perdió por la sombría arcada.

Antes de entrar en ella, la gran linterna, puesta á proa de la góndola, se había encendido, y su rojo reflejo hacia pavoroso aquel estrecho, largo y tortuoso pasaje.

La reja se había cerrado con un estruendo desahucado, rechinante.

Todo aquello tenía algo del otro mundo.

Algo de infernal, sublimado para Luisa Isabel, por la terrible situación de espíritu en que se encontraba.

Durante media hora lo ménos, la góndola se deslizó á lo largo de aquel canal subterráneo.

Al fin se detuvo, y atracó al pié de unas escaleras.

El oficial de Estado abrió entonces las cortinas de la litera, y dijo:

—Si á vuecencia place así, puede seguirme.

—Prestadme vuestro brazo,—dijo Luisa Isabel saliendo:—apenas puedo tenerme de pié.

El oficial dió su brazo á Luisa Isabel, y empezaron á subir por una bella escalera gótica de doble tramo, iluminada de trecho en trecho por faroles de vidrios rojos.

Era alta, lo que un primer piso de cualquiera de los palacios de Venecia.

Al llegar á su fin, Luisa Isabel se encontró en una magnífica galería iluminada por la luz de un radiante sol.

Al frente del desemboque de la escalera, al fondo de un vestibulo, se veia una gran mampara de marroquí estampada en oro, en cuya parte superior se leia esta inscripcion:

«Consejo de los Diez.»

Delante de aquella mampara, dos centinelas, con el bello traje militar veneciano, se cruzaban en un continuo paseo con las alabardas al hombro.

Dos porteros ricamente vestidos estaban sentados en un gran escaño, hablando animadamente.

Al ver al oficial de Estado que llevaba del brazo á Luisa Isabel, los centinelas detuvieron su paseo, quedaron inmóviles á uno y otro lado de la mampara apoyados en las alabardas, los porteros se pusieron de pié, y uno de ellos corrió á abrir la mampara.

Al pasar Luisa Isabel y el oficial de Estado, los dos centinelas dieron un golpe sobre el pavimento con el regaton de sus alabardas.



Aquella era una de las entradas reservadas del Consejo de los Diez, y por allí no podían pasar más que el Dux, los miembros del Consejo, los oficiales de Estado, y fuera de estos, personajes de altísimo coturno.

El oficial la condujo á través de dos antecámaras, en la primera de las cuales habia ugieres, hasta una cámara donde la dijo:

—Ruego á vuecencia espere un momento mientras voy á dar parte de su llegada.

El oficial se alejó.

Atravesó todas las cámaras y entró en la del Consejo.

El Dux y los diez senadores estaban allí hablando en grupo.

El mismo Dux preguntó al oficial:

—¿Cómo ha recibido la señora princesa de Otranto la noticia de la muerte de su marido?

—La sabia ya, —contestó el oficial.

—¿Os lo ha dicho ella? —replicó el Dux.

—No, magnífico señor; pero yo lo he leído en sus ojos, en su semblante.

—Haced pasar á esa señora, —contestó el Dux.

Un momento despues Luisa Isabel entraba en la gran cámara del Consejo de los Diez.

El Dux la salió vivamente al encuentro.

La asió las manos, y la dijo con la mayor afabilidad, con el mayor cariño:

—Os recibimos, señora, en nuestra alta cámara de justicia, pero sin el aparato de la justicia: ya veis, ni

tenemos nuestras togas, ni ocupamos nuestros sillones: os reciben once amigos que deploran vuestra desgracia.

—¡Ah! yo estoy desesperada, — exclamó Luisa Isabel:—vosotros no sabeis, señores y amigos míos, hasta qué punto tengo yo desgarrado el corazón, hasta qué punto estoy sedienta de justicia y de venganza. Dispensadme, perdonadme: yo no sé hasta qué punto puede descomponerme el dolor y hacerme faltar á lo respetable de la justicia de Venecia. ¡Ah! yo no puedo más: perdonadme, señores.

Y se dejó caer en uno de los escaños que estaba frente al estrado, en que se levantaba la mesa del Consejo debajo de un gran dosel rojo, en que estaba bordado en oro el leon alado de San Márcos, blason de la república de Venecia.

—Ella es inocente de la muerte de su marido, — pensó el Dux, —y sin embargo, aquí hay un misterio que es necesario esclarecer.

La misma idea se ocurrió á todos los senadores que rodearon á Luisa Isabel, procurando consolarla.

Ella lloraba á lágrima viva.

Tenia los brazos abandonados á lo largo de su cuerpo, y la cabeza inclinada sobre el seno.

En esta actitud, y con su dolor, aparecía hermosísima y conmovedora.

Oyó que se pedian auxilios.

—¡Ah! no, no, —exclamó:—es inútil; con nada se cura un dolor como el mio.

Y se puso de pié.

—El único, el amargo consuelo que podeis darme, señores,—añadió abarcándolos con una mirada candente,—es la venganza; sí, yo os la pido y yo la espero; y si la justicia de Venecia me falta, no creerá en Dios.

Las lágrimas de Luisa Isabel se habian secado, y aparecia fiera, magnífica, aterradora.

—Perdonadme,—dijo;—ya lo veis, me olvido de todo; el dolor es una locura; una pobre loca no sabe lo que dice.

Y Luisa Isabel rompió de nuevo á llorar.

El Dux y los Diez estaban dominados, reducidos á un silencio que ninguno se atrevió á romper.

Para tal dolor, todas las palabras son inútiles.

—Ahora bien,—dijo Luisa Isabel,—quiero verle.

El Dux la asió en silencio una mano, y la condujo.

Atravesaron algunas magníficas cámaras.

Al fin de una de ellas, delante de una puerta, el Dux se detuvo y dijo á Luisa Isabel:

—Cuando vuestro marido desapareció, señora, era uno de los miembros del Consejo de los Diez; sólo tras largas inquisiciones hechas inútilmente para encontrarle, se cubrió interinamente su vacante: al parecer su cadáver, nosotros no hemos podido ni querido negarle los honores que le corresponden: le hemos revestido su toga, hemos puesto sobre él su espada, y le hemos expuesto sobre el túmulo de honor y rodeado de los guardias, de los oficiales y del aparato necesario, como convenia á su rango. Prepa-



raos, pues, señora. Y vosotros, oficiales, pasad, haced despejar absolutamente nuestra cámara de honor, cerrad las ventanas, que nadie pueda ver lo que aquí va á tener lugar.

Algunos minutos despues los oficiales volvieron y anunciaron al Dux que la cámara habia sido despejada.

—Despejad vosotros á vuestra vez: esperad en la antecámara inmediata,—dijo el Dux.

Los oficiales se alejaron.

Entonces el Dux, teniendo siempre asida de la mano á Luisa Isabel, abrió la puerta y entró con ella seguido de los Diez.

El último cerró la puerta por dentro.

## Capítulo LXIX.

### El Dux y el Consejo de los Diez.

El lugar en que habian entrado era un vastísimo salon, cubierto completamente, techo, paredes y pavimento, por un inmenso paño rojo.

En uno de los grandes testeros habia un altar, fuertemente iluminado por la luz de muchos blandones amarillos.

Sobre aquel altar, bajo un dosel de terciopelo rojo, franjeado de oro, habia un magnífico crucifijo casi de tamaño natural.

El paño rojo que cubria los muros estaba festonado, galoneado de oro en los festones y en la parte colgante, que, junto al techo, corria á lo largo á manera de un friso.

De trecho en trecho se veian, á un lado puertas, al otro ventanas.



En los entrepaños de estas puertas y de estas ventanas, se veía el león de oro alado de San Márcos.

En medio de este salón, sobre un alto lecho imperial, también rojo, también franjeado de oro y blasonado también en cada uno de sus lados por el león de San Márcos, en un riquísimo ataúd, revestido con una toga roja, con borceguíes dorados y birrete dorado, cruzadas las manos sobre una espada desnuda con empuñadura de oro, que alcanzaba desde su pecho á sus piés, se veía el cadáver de Hugo de Sacy.

La luz de los diez y seis gigantescos blandones, puestos en altos candeleros de bronce dorado, arrojaban su fuerte luz rojiza sobre el semblante del cadáver.

Hugo aparecía hermosísimo, y como había dicho bien el miserable Maliferi, no parecía muerto, sino dormido.

Si hubiéramos penetrado en aquella gran cámara antes de haber sido despejada, hubiéramos visto ocho patricios jóvenes con el ostentoso uniforme de guardias nobles de la señoría de Venecia, inmóviles como estátuas, con las espadas al hombro, y al redor de ellos una doble fila de oficiales de Estado del Consejo de los Diez con sus togas rojas.

Luego una multitud en que se veían todos los trajes de la sociedad de Venecia, que, determinando una corriente compacta, entraba por una puerta y salía por otra.

De tiempo en tiempo, un sacerdote, acompañado

de su ayudante, subia al altar y celebraba una misa.

Todo esto á la luz de los blandones y de la del sol que penetraba por las grandes ventanas ojivas, á través de las cuales se veia hasta el lejano horizonte, el azul, el inquieto, el bellissimo Adriático.

Sobre todo esto, de tiempo en tiempo, de una manera pausada, se oia el golpe grave, vibrante, de la gran campana de San Márcos, que anunciaba á Venecia el fallecimiento de uno de los miembros del Consejo de los Diez.

Aunque la cámara se habia despejado, la campana continuaba vibrando, y producía un efecto solemne é inmediato, como si hubiese sido tañida sobre la gran cámara de honor.

Y aquella cámara, cerrada, solitaria, apagando la luz del sol, anulándola casi la luz de los blandones, aparecía imponente de una manera terrible.

Luisa Isabel se armó de todo su valor, y se acercó, conteniendo sus sollozos, al cadáver de Hugo con la mirada inmensa, dilatada, con una expresion indescribible y alentando apenas.

El Dux y los Diez la seguian silenciosos, preocupados y con paso lento.

Lo grueso de la alfombra apagaba el ruido de aquellos pasos.

Luisa Isabel se acercó.

Extendió la mano.

Asió una de las del cadáver.

La llevó á sus labios, y la besó.

Luego reclinó su frente sobre el borde del ataúd.



De improviso se irguió, se empinó, se arrojó sobre el cadáver, y le besó frenética.

El Dux y los Diez permanecieron á alguna distancia, inmóviles, fascinados por lo punzante de la situación.

Luisa Isabel se alzó al fin.

Hizo un movimiento para retirarse.

Pero permaneció reteniendo con las suyas la mano derecha del cadáver.

—Y bien, señora,—dijo entonces el Dux;—nuestro deber nos prescribe haceros una pregunta, de la cual, por terrible que sea, no podemos dispensarnos.

—Decid,—exclamó Luisa Isabel.

—¿Jurais,—dijo el Dux,—por Dios y por vuestra alma, teniendo entre vuestras manos la mano derecha de ese cadáver, que ninguna parte teneis en el crimen á que ha sucumbido?

—Lo juro,—contestó con voz firme y enérgicamente acentuada Luisa Isabel.

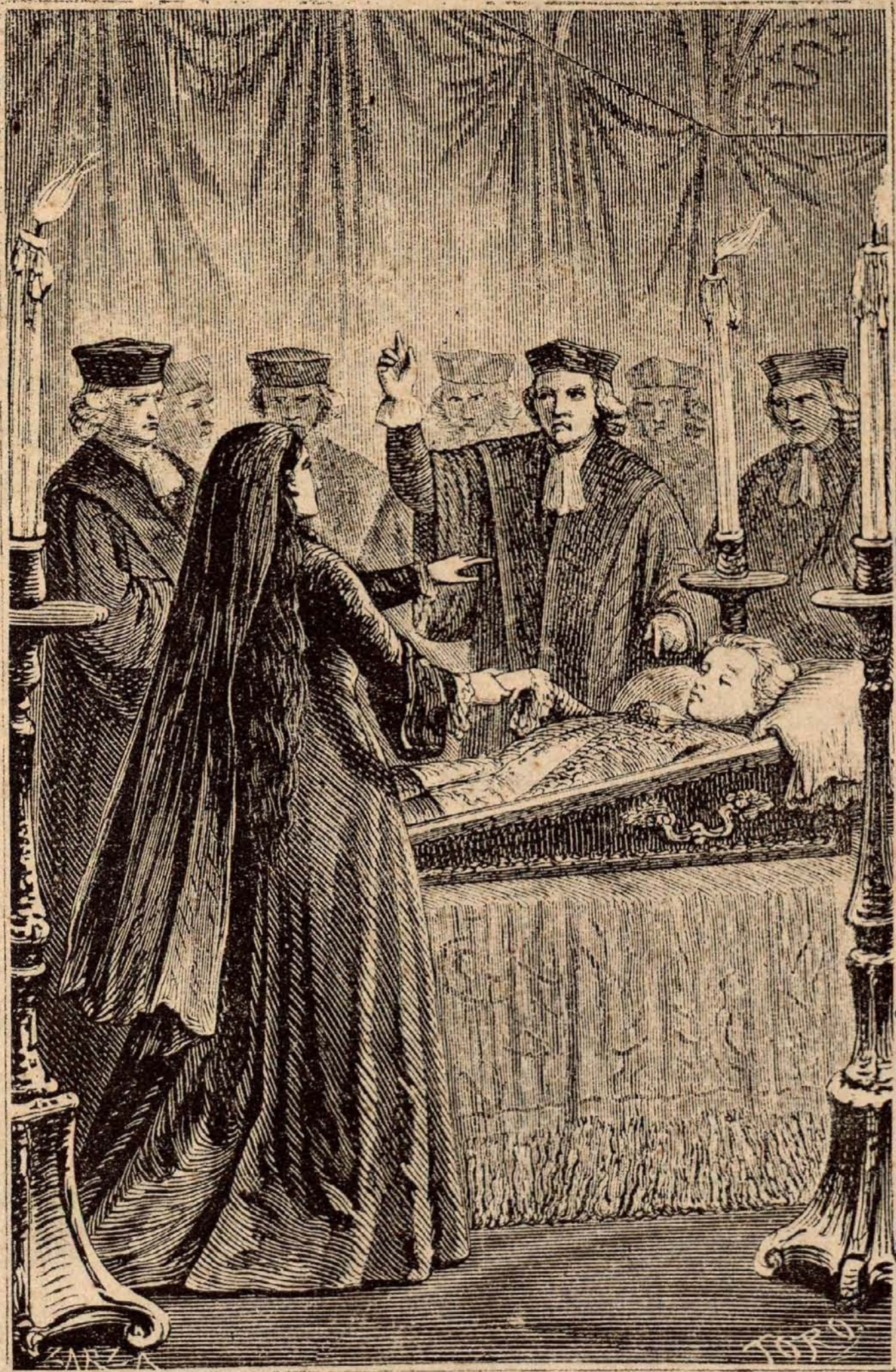
—¿No habeis sido vos, ni remotamente, causa de ese crimen?—preguntó el Dux.

—No, que yo sepa...—contestó Luisa Isabel.

—¿Sabeis si el excelente señor Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de Venecia, miembro del Consejo de los Diez, vuestro marido, tenia enemigos?

—No lo sé,—dijo Luisa Isabel, cuya viva imaginacion le representó el peligro en que se ponía denunciando á Roger Malifieri.





MOTIN DE ESQUILACHE. — ¡Lo juro!





Su pequeña Margarita se levantó ante ella, y le dió valor y serenidad.

—¿Qué iba á ser de ella si una infamia de Malifieri, viéndose perdido, envolvía á su madre en un proceso tenebroso, que podía hacerla perecer?

—¿No teneis, pues, ningun indicio, señora, que pudiera servir para guiarnos en el esclarecimiento del misterio de este crimen?

—No, ninguno,—contestó Luisa Isabel;—pero yo confío en vuestra justicia, magnífico señor, y en la rectitud y en el celo de los honorables miembros del Consejo de los Diez, y en que hareis cuanto esté de vuestra parte para hacerme justicia.

—¡Ah! confiad en ello, señora,—respondió el Dux;—¡y ay de aquellos, sean quienes fueren, que se han atrevido á desafiar á la justicia de Venecia! Ahora, amiga mia,—añadió el Dux,—yo os suplico que salgamos de aquí: este lugar es demasiado terrible para vos.

Luisa se dejó conducir por el Dux.

Cuando hubieron llegado á la antecámara, donde esperaban los oficiales de honor, el Dux les dijo:

—Abrid de nuevo las puertas: que de nuevo nuestros guardias nobles y nuestros oficiales rodeen el lecho de muerte del príncipe de Otranto; que se restablezca la circulacion del pueblo.

El Dux siguió adelante, y llevó á Luisa Isabel, no á la gran cámara del Consejo, sino á una de las cámaras de su habitacion particular.

A la puerta de ella dijo á los Diez:



—Hemos cumplido con nuestro triste deber, señores; podeis retiraros si gustais.

Los senadores saludaron á Luisa Isabel y se retiraron.

El Dux se encerró con ella en una cámara y la dijo:

—Aquí nadie puede oirnos: yo estoy seguro de vuestra inocencia, señora; pero debajo de todo esto, mi larga práctica, mi conocimiento del corazón humano, me hace ver un misterio.

—Nada sé,—dijo Luisa Isabel, recordando siempre á su pequeña Margarita.

—Mirad bien, señora, no os suceda que en lo porvenir os veais comprometida.

—Os juro que nada sé,—insistió Luisa Isabel.

—Pues bien, señora,—dijo el Dux;—después de que se hayan rendido los honores que le corresponden á vuestro marido, su cadáver os será entregado: ahora elegid entre quedaros con mi esposa en nuestro palacio, ó volveros al vuestro.

—Me vuelvo al mio, magnífico señor,—contestó Luisa Isabel;—no quiero afligir con mi dolor á vuestra buena esposa.

—En ese caso, voy á entregaros, señora, al mismo oficial que os ha conducido hasta aquí.

Y el Dux acompañó á Luisa Isabel hasta una antecámara, donde aquel oficial con sus cuatro esbirros esperaba.

Luisa Isabel fué conducida á su palacio.

## Capítulo LXX.

En que termina la historia de Luisa Isabel De Armagnac.

Al entrar en su cámara, en donde penetró sola, Luisa Isabel se encontró en ella con Roger Malifieri.

Este estaba radiante.

Luisa Isabel, que esperaba encontrarle allí, se había dominado de tal manera durante el trayecto, que pudo sonreír á Malifieri al entrar.

Aquello era maravilloso, terrible.

Luisa Isabel hacia de sí misma lo que quería.

Malifieri se engañó.

—¡Oh! ¡qué felices somos, adorada mia!—la dijo;—los dos estamos libres; ¿qué hay que se pueda oponer á nuestra felicidad?

—Nada, ni aun el luto,—dijo Luisa Isabel;—nos casaremos secretamente; abandonaremos esta tristi-



sima Venecia, y nos iremos á vivir á Florencia, la riente, la encantadora.

Malifieri no sospechó nada.

Creyó á Luisa Isabel tan ciegamente enamorada de él como él lo estaba de ella.

Resuelta por él á todo, como él estaba resuelto á todo por ella.

A pesar de esto, y siempre con la sonrisa en los labios, siempre con la expresion del amor en los ojos, Luisa Isabel contenia la impaciencia amorosa de Roger Malifieri.

—¡Oh! ¡no! — exclamaba Luisa Isabel; — yo no puedo ser, ni por un momento, la amante ni aun del hombre que debe ser mi marido.

Esta intriga misteriosa se deslizaba entre el misterio del gobierno de la República, y era extremadamente imprudente.

Si Paolo solo hubiera sido el encargado de vigilar el palacio Rocaberti, el drama terrible que allí debia desarrollarse hubiera quedado envuelto en el misterio más profundo.

Paolo, como sabemos, no habia recibido el encargo de vigilar el palacio, sino de Roger Malifieri, que abusaba de su autoridad de inquisidor.

Los del Consejo de los Diez habian encontrado mucho de extraño en Luisa Isabel.

Aunque tenian la seguridad moral de que no era culpable de la muerte de su marido, habian entrevisto en ella un misterio que era necesario aclarar.

Uno de los esbirros más hábiles del Consejo de

los Diez se encargó de vigilar el palacio Rocaberti.

Entre tanto, el cadáver embalsamado de Hugo de Sacy, despues de que se le hubieron rendido por el Estado los honores que correspondian á su rango, fué entregado á Luisa Isabel.

Esta lo tuvo tres dias expuesto en su palacio, y al cabo de ellos lo remitió á Paris, en una caja de plomo, á los que creia sus padres; esto es, á Godofredo De Armagnac y á Giovaneta, con el encargo de que hiciesen construir en el cementerio de los Inocentes de Paris un panteon de familia, y sepultasen en él á Hugo de Sacy.

El cadáver de éste no debia llegar sólo á Paris. Le acompañaba en otro carruaje su pequeña hija Margarita, con su nodriza, y encargada á uno de los servidores de más confianza de Luisa Isabel.

La carta que éste debia entregar á Godofredo de Armagnac, despues del encargo de Luisa Isabel de que se constituyese un panteon de familia en el cementerio de los Inocentes para sepultar á Hugo de Sacy, decia, en lo que se referia á Margarita, lo siguiente:

«Os envío junto á ese pedazo de mi alma muerto, ese pedazo de mi alma vivo: mi Margarita.

«Necesito quedarme libre para vengar á Hugo.

«Conozco á su asesino, y no puedo denunciarle al Estado.

«Por una reunion de circunstancias fatales, esto podria comprometerme.



»Se trata de un hombre terrible que tiene una gran influencia en el gobierno de la República.

»Pero yo no puedo renunciar á mi venganza.

»Me lo pide de una manera vehemente, irresistible, mi corazón.

»A pesar de que esta venganza está hábilmente preparada, puedo verme envuelta en ella.

»Este temor no me hace desistir.

»Pero no quiero que á mi pequeña, á mi adorada Margarita, alcancen las consecuencias de una desgracia que pudiera acontecerme.

»Os la envío.

»Si perezco, enseñadla á orar por su madre y á amar su memoria.

»Aunque sois muy ricos por vosotros mismos, aunque ella debe heredaros, yo no quiero que una consecuencia cualquiera pueda privarla de los bienes de su padre.

»Entre Hugo y yo existía un testamento mancomunal.

»Así, pues, puedo vender los bienes que Hugo tiene en el Estado de Venecia.

»Esperad, pues, la remision del importe de esa venta en letras sobre Paris.»

En efecto, Luisa Isabel vendió todo lo que Hugo de Sacy habia poseido en Venecia, incluso el palacio Rocaberti, el derecho de habitar el cual se reservó durante seis meses despues de la fecha de la venta.

Toda la hacienda de Hugo de Sacy en Venecia, que era considerable, fué reducida á oro y envia-

da á Godofredo de Armagnac en letras sobre Paris.

Todo esto, que no se habia ocultado á la vigilancia del Consejo de los Diez, aumentó las sospechas é hizo redoblar la vigilancia.

Guiseppe Maschiareti, que así se llamaba el esbirro dependiente del Consejo de los Diez que habia sido encargado de vigilar desde los pasadizos secretos el palacio Rocaberti, se apercibió bien pronto de que el inquisidor Roger Malifieri penetraba secretamente todas las noches, al comienzo de ellas, en el palacio Rocaberti, y no salia hasta tres horas despues.

Se apercibió asimismo de que el mayordomo de la princesa de Otranto era uno de los esbirros del Tribunal de los Tres.

Y como Luisa Isabel hacia lo que estaba de su parte y de una manera admirable para hacer creer en su amor á Roger Malifieri, al mismo tiempo que engañaba á éste, engañó tambien á Giuseppe Maschiareti, que á la primera conversacion que sorprendió desde su acechadero entre Malifieri y Luisa Isabel, creyó que entre ambos mediaban unos grandes amores; y sin esperar á más, se fué á hacer la denuncia á uno de los secretarios del Consejo de los Diez.

Inmediatamente recibió la orden de prender á Paolo.

Aquella misma noche, y mientras Paolo dormia, Giuseppe Maschiareti, valiéndose de las comunicaciones secretas, penetró en el aposento de aquel, le despertó y le dijo:



—En nombre de la República y del Consejo de los Diez, seguidme.

Y al mismo tiempo le mostraba una medalla de bronce, en que se veían estas iniciales: C. D. L. X.; esto es, Consejo de los Diez.

—Y si yo os prendiera en nombre del Consejo de la Inquisición de los Tres, superior al Consejo de los Diez?

—Nos prenderíamos mutuamente, mi querido compañero; pero con esto no conseguiríais otra cosa que haceros más culpable.

—¿Sabeis que estais aquí solo?

—Lo sé; pero sé también que si haceis un movimiento para tomar un arma, os mato.

Y Giuseppe Maschietti dejó ver un largo puñal á cuatro dedos del pecho de Paolo.

Este se vió obligado á entregarse.

Se vistió y siguió á Maschietti, que por las comunicaciones secretas y por los canales le condujo á las prisiones de Estado, y le encerró en un calabozo.

Apenas habia tenido Maschietti tiempo para dar cuenta de la prision de Paolo, cuando se presentó en su calabozo un secretario del Consejo de los Diez, y le interrogó.

—Voy á perderme,—dijo Paolo;—pero nada importa si se salva la princesa de Otranto, que es inocente.

Y Paolo refirió toda aquella misteriosa historia, y acusó á Roger Malifieri del doble asesinato cometido por él en su esposa y en el príncipe de Otranto.

Se comprendia en la declaracion de Paolo una gran pasion por Luisa Isabel.

En consecuencia de esto, y sin perder un sólo momento, esbirros del Consejo fueron enviados, los unos á prender en su casa al inquisidor Roger Malifieri, los otros á prender á la princesa de Otranto.

Ambos fueron encerrados en los calabozos secretos.

A Paolo se le dió tormento para obtener una declaracion completamente explicita.

Pero sufrió la tortura con un valor heróico, y sucumbió en ella.

No se le pudieron arrancar, hasta su último suspiro, más que estas palabras:

—La princesa de Otranto es inocente; el único culpable de los dos asesinatos, es el inquisidor Roger Malifieri.

En cuanto á Roger Malifieri, que no sabia que Paolo habia sido preso, creyó que quien le habia denunciado habia sido Luisa Isabel.

Por mucho que esta hubiera apurado la ficcion hasta hacer creer á Malifieri que le adoraba, éste en sus entrevistas con ella habia creido encontrar algo de extraño, ya en su acento, ya en su mirada.

De la misma manera habia encontrado mucho de extraño en el acento y en la mirada de Paolo.

Pero embriagado por el amor de Luisa Isabel, si habia reparado por un momento en estas cosas, las habia olvidado.

Cuando las recordó sumido en uno de los calabo-



zos secretos de las prisiones de la Inquisicion del Estado, aquellos recuerdos tomaron cuerpo, y se levantaron terribles delante de él.

Sin duda alguna, Luisa Isabel, convenida con el esbirro Paolo, le habia engañado, le habia entretenido, y cuando no habia encontrado medio de entretenerle más, le habia denunciado como culpable de un doble asesinato.

Roger Malifieri se irritó.

El no sabia que Luisa Isabel estaba presa tambien, y que Paolo habia muerto en el tormento.

Cuando fué conducido delante del Consejo de los Diez, que presidido por el Dux á causa de su rango, debia juzgarle, lo confesó todo; pero declarando sus cómplices á Luisa Isabel y á Paolo.

Ella, segun decia Malifieri, impulsada por su amor, habia convenido con él en la destruccion de los dos obstáculos que se oponian á su casamiento, Elena Conti y Hugo de Sacy, y Paolo habia servido para la ejecucion de estos dos crímenes. Elena habia sido envenenada, y abusando del poder del tribunal de la Inquisicion de los Tres, Hugo de Sacy habia permanecido durante algunos meses sepultado en uno de los calabozos secretos, sin que nadie en la Inquisicion del Estado hubiese sabido su existencia allí, á excepcion de Roger Malifieri y de Paolo.

Esta declaracion perdia á Roger Malifieri.

En consecuencia de ella, fué sentenciado á ser llevado, cubierta la cabeza como parricida con un velo negro, y el cuerpo con una túnica roja y descalzo,

á la plaza de San Márcos, despues de haber sido degradado, y alli sobre un cadalso se le decapitaria.

A más de esto habia tenido lugar un careo entre Luisa Isabel y Malifieri.

Luisa Isabel se habia indignado al saber que Malifieri la acusaba de complicidad en el asesinato de Elena y de Hugo.

Pero las apariencias estaban contra ella.

¿Por qué ella no habia denunciado á Malifieri?

¿Por qué, segun la declaracion del esbirro Maschiareti, habia recibido en su palacio secretamente á Roger Malifieri, y habia tenido con él conversaciones de amor, y se habia ocupado del proyecto de un próximo enlace?

Luisa Isabel afirmó que ella habia temido, si denunciaba á Roger Malifieri, verse comprometida por una calumnia de éste. Que necesitaba vengarse del asesino de su marido. Que habia tomado sobre sí la ejecucion de su venganza, y que para llegar á ella habia engañado á Roger Malifieri.

Pero esto no podia satisfacer al tribunal.

Todos los indicios de complicidad con Malifieri, estaban en contra de Luisa Isabel.

Malifieri fué ejecutado públicamente, y sus bienes se confiscaron por el Estado, que por misericordia con su hija Benedetta la concedió una pension bastante para sostener su rango, y la absolvió de la infamia de la ejecucion de su padre.

En cuanto á Luisa Isabel, fué sujeta á la cuestion



del tormento para obligarla á declarar su complicidad con Roger Maliferi.

Pero Luisa Isabel se mantuvo firme.

Negó, ó mejor dicho, no incurrió en la debilidad de confesar un crimen que no habia cometido por miedo al tormento.

Y sin embargo, no pudo resistirle, y sucumbió en él, como habia sucumbido en otro tormento distinto, en el potro, Paolo.

La Inquisición de Venecia, á pesar de que en los tiempos en que acontecia lo que vamos refiriendo, habia menguado mucho en su rigor, era todavía terrible.

Al principio se habia tenido consideracion con Luisa Isabel, y los tormentos á que se la habia sujetado habian sido hasta cierto punto tolerables.

Pero su tenacidad, ó mejor dicho, su firmeza para no confesar crímenes de los que estaba inocente, llevaron al último limite la severidad de los jueces.

El doble asesinato de Elena y de Hugo habia causado un gran escándalo, y la justicia de Venecia estaba altamente interesada en satisfacer la vindicta pública.

En vista de la resistencia de Luisa Isabel, se la sujetó al tormento de la rueda de agua.

Este tormento era formidable.

Luisa Isabel habia sido atada en una ancha rueda, cuya mitad se hundia en uno de los canales secretos de las prisiones de Estado.

Aquella rueda puesta en movimiento de una ma-

nera rápida, quebrantaba los miembros del atormentado, y al mismo tiempo le hacia pasar por el agua; á cada vuelta se preguntó á Luisa Isabel.

Un esbirro colocado en una barca, hacia la pregunta.

Luisa Isabel contestaba como siempre.

—Soy inocente.

A la cuarta vuelta Luisa Isabel no contestó, no podia contestar.

Lo terrible, lo insoportable del tormento, la habia matado.

El Tribunal de los Diez no pudo, pues, sentenciarla, puesto que contra ella no existia prueba alguna más que la declaracion de Roger Malifieri.

El Tribunal, pues, se redujo á declarar, que acusada la princesa de Otranto de complicidad con el senador Malifieri en el asesinato de Elena Conti y del príncipe de Otranto, habia sucumbido en el tormento, por lo cual se sobreseia en su proceso.

El cadáver, quitado de la rueda y encerrado en una caja de plomo, fué puesto á disposicion de Godofredo De Armagnac, marqués de Letour, padre de la victima, y remitido á Paris por reclamacion de De Armagnac, fué puesto en el panteon que se habia construido para Hugo de Sacy en el cementerio de los Inocentes....

Desde este punto empezaba en el manuscrito la historia de Margarita y no tenemos necesidad de ocupar de nuevo con ella á nuestros lectores, porque ya la conocen.



El conde de la Salmedina, impresionado, conmovido, á cada momento más apasionado de Margarita, continuó aquella lectura devorándola, y al fin, á la caída de la tarde la terminó.

Dejó el lecho, se vistió y esperó al padre maestro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# INDICE

## DE LAS

### MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>Páginas.</u>
<b>CAPÍTULO I.</b> ..... Lo que puede sobrevenir á causa del des- bocamiento de un caballo.....	1
— <b>II.</b> ..... Amor y misterio.....	12
— <b>III.</b> ..... En que se descubre algo acerca de los secretos de un palacio.....	22
— <b>IV.</b> ..... Lo que encontró el conde de la Salmedi- na en el jardin de palacio.....	59
— <b>V.</b> ..... Un extraño personaje.....	86
— <b>VI.</b> ..... Cómo se corrige un descuido.—Un nue- vo compromiso.....	94
— <b>VII.</b> ..... De como puede ser muy grata una guar- dia en palacio.....	111
— <b>VIII.</b> ..... Principio de explicaciones.....	141
— <b>IX.</b> ..... En que empieza á lo que parece á dar resultado las perdidas espuelas del conde de la Salmedina.....	166



	Páginas.
CAPÍTULO X..... En que da fondo de una manera definitiva el incidente de las espuelas.....	167
— IX..... Un secreto revelado de una manera hábil.—Las extrañas condiciones de un duelo.....	195
— X..... Un duelo á la sombra de un palacio.....	208
— XI..... De como el conde de la Salmedina conoció que Margarita era mucho más misteriosa que lo que parecia.....	216
— XII..... De qué manera un turbillon puede hacer que desaparezca un cadáver.....	224
— XIII..... Historia de Margarita.....	237
— XIV..... De como servia Cascajares á sus señores.....	256
— XV..... Como una princesa puede servir de intermediaria á una sociedad secreta.....	268
— XVI..... De como se vió definitivamente libre Margarita.....	285
— XVII..... En que se trata un poco de Esquilache y otro poco de proyectos de amor....	296
— XIX..... De como es necesario saber á quién se socorre y delante de quién se habla..	303
— XX..... La marquesa de Vallezarzal.....	314
— XXI..... De la inmejorable acogida que hizo la marquesa de Vallezarzal á Margarita.	325
— XXII..... Lo buen pájaro que era el señor Cosme Calcorra.....	331
— XXIII..... Hasta qué punto era útil sobre lo útil Baltasar.....	346
— XXIV..... En que se ve más y más lo útil que era Baltasar, y se descubren algunos secretos sucios de aquel tiempo.....	358
— XXV..... En que Anita hace una importantísima revelacion al conde de la Salmedina..	376
— XXVI..... Cómo entraba en aquellos tiempos en una casa la justicia.....	400



	Páginas.
CAPÍTULO XXII. De las extrañas cosas que encontró casa de Cosme Calcorra la justicia.....	406
— XXVIII. De qué manera se manejaba á la justicia en los que se llamaban los buenos tiempos del buen rey Carlos III.....	419
— XXIX. Una conversacion entre dos mujeres....	456
— XXX. Lo que valia y podia más que Esquilache su mujer.....	46
— XXXI. Como puede redondearse un negocio por difícil y embrollado que sea.....	471
— XXXII. La justicia deportada y muy á placer suyo.	483
— XXXIII. Hasta qué punto pueden llegar, primero la desesperacion y luego la sangre fria.	489
— XXXIV. De como á causa de Calcorra, el marqués de Esquilache creyó haber cogido la punta del hilo de su mujer.....	504
— XXXV. Como puede aprovecharse el amor para la política.....	522
— XXXVI. En que se ve que un fraile dominico puede ser individuo de una sociedad secreta.	535
— XXXVII. De como una sola palabra bastó para que se cortase bruscamente una importantísima conversacion de la marquesa de Vallezarzal y de la de Letour.....	549
— XXXVIII. Algo más sobre el carácter de la marquesa de Vallezarzal.....	560
— XXXIX. Los unos tras de los otros.....	574
— XL. De la insuficiencia de la ley en muchas ocasiones.....	588
— XLI. En que se ve la nueva situacion en que los sucesos anteriores pusieron á nuestros personajes.....	594
— XLII. Historia de los amores de una reina....	604
— XLIII. Como puede verse fuertemente contrariado el favorito de un rey.....	640
— XLIV. La casa y la familia del marqués de Buena Esperanza.....	659



	Páginas.
CAPÍTULO XLV..... Continuacion de la historia de los amores de una reina.....	694
— XLVI..... En que continúa la historia de estos enredados amores.....	706
— XLVII..... De como en el lugar más cerrado, más guardado, puede cometerse un asesinato.....	724
— XLVIII..... Entre dos olas.....	734
— XLIX..... Se explican las causas de los sucesos anteriores.....	743
— L..... De como no deja de haber peligros en mascar á dos carrillos.....	763
— LI..... De como la fatalidad tomaba parte en los acontecimientos de esta historia.....	789
— LII..... Lo que pasó entre el rey y Aurora.....	801
— LIII..... Como se puede satisfacer el amor y la venganza.....	828
— LIV..... Hijastro y madrastra.....	833
— LV..... El pañuelo.....	844
— LVI..... En que continúan las consecuencias del collar de la reina.....	850
— LVII..... El consejo de la serpiente.....	863
— LVIII..... Las primeras consecuencias de un amor de víbora.....	877
— LIX..... La situacion de Aurora.....	890
— LX..... Para lo que puede servir una azafata...	898
— LXI..... A costa de cuántas infames intrigas, de cuántos crímenes y de cuántos remordimientos, puede llegarse á la posesion de una corona.....	905
— LXII..... De como un mandato puede hacer feliz á un hombre y á una mujer.....	924
— LXIII..... En que se refiere á grandes rasgos la historia de la madre de Margarita hasta sus diez y ocho años, y se presenta una cierta persona que debe influir en su suerte.....	970

CAPÍTULO LXIV....	De como puede matarse á un hombre con ventajasin faltar a las leyes del honor.	995
— LXV.....	En que suceden cosas tenebrosísimas y terribles.....	1001
— LXVI,....	De como por fuerte que sea un sistema gubernamental, no puede contar de una manera absoluta con la fidelidad de sus agentes.....	1049
— LXVII....	Lo que podia hacer un esbirro enamorado.....	1065
— LXVIII...	Lo que era capaz de hacer el inquisidor Maliferi .....	1082
— LXIX.....	El Dux y el Consejo de los Diez.....	1105
— LXX.....	En que termina la historia de Luisa Isabel De Armagnac.....	1111

---



Páginas

Capítulo LXIV... De cómo puede mantenerse a un hombre con  
 ventajas sin faltar a las leyes del honor. 995

LXV... En que pueden ser cosas temerarias y  
 temibles. 1001

LXVI... De como por fuerza que sea un sistema  
 gubernamental, no puede contar de una  
 manera absoluta con la libertad de  
 sus agentes. 1010

LXVII... Lo que podría hacer un espíritu enamo-  
 rado. 1065

LXVIII... Lo que era capaz de hacer el imperio  
 Metastasi. 1082

LXIX... El Ducado y el Consejo de los Duxes. 1105

LXX... En que termina la historia de Italia las  
 del de Aragona. 1111











20









1022666

